

Como una hoja seca



Lloraba desesperadamente. Con la bocina del teléfono público pegada a su mejilla, no articulaba palabra y sus lágrimas, también en silencio, bajaban abriéndose paso en medio de su rostro descompuesto y agachado, como aumentando el peso de su cabeza, como obligándola a mirar resignadamente hacia el suelo, mientras la pantalla del teléfono le pedía que introduzca otra moneda.

En ese instante, todos doctores, pacientes, guardias, frágiles enfermeras fuimos testigos de su derrumbamiento, de la implosión de su sufrimiento. Vimos cómo la fuerza y la voluntad humana abandonaban un cuerpo que, completamente devastado, se arrodillaba sin soltar la bocina del teléfono que seguía pidiendo una moneda con la amenaza de terminar la llamada.

Efectivamente, aquella llamada terminó y ella, que ahora ya no era llanto desconsolado, sino gritos como aullidos, no pudo oponerse ante la fuerza del guardia del hospital que la arrastraba como un río que lleva una hoja seca, arrancada, frágil, marchita, sola, casi muerta, hacia la Sala de espera, a esa congeladora donde te ubican para que te desvanezcas lentamente aguardando una buena noticia, o de una vez una mala, o simplemente algo...

Autor: Johnatan Rafael Ortega Quinde

Categoría: Abierta

Puesto: Tercer lugar

25